

lo a que nos estamos refiriendo contiene "La tragedia de Dios", una especie de poema, que según se afirma en la misma novela es un nuevo Pentateuco.

El libro en general es ameno, cualidad que debe ser especialmente considerada en una novela. Y valiente en afirmaciones que habitualmente se callan. ¿Que tiene caídas, descuidos en el estilo? No hay duda de ello. Por ahí se dice: "cuando entré y vi ese extraño espectáculo, una ola de frío recorrió todo mi cuerpo y quise retroceder como una bestia espantada". Son dos lugares comunes en una sola frase. En *una frase que habría ganado siendo suprimida*. A este propósito, el maestro Graham Greene dice: "Mis personajes no deben ponerse "blancos como una sábana" o "temblar como una hoja", no porque esas expresiones sean abominables clichés, sino porque todo eso es inexacto". Lección que jamás debemos olvidar los que escribimos novelas. El libro, en general, sorprenderá, desagradará y exasperará a muchos y agradará a otros tantos. Nos place encontrarnos entre estos últimos. Y nos place también mucho la dedicatoria: "Para Julio Eduardo Ross Salcedo, que sabrá lo que no supe, que verá lo que no vi y de cuyos ojos —telescopios en el tiempo— me valdré para asomarme curioso en el fantástico mundo del año dos mil". Tiernas palabras de abuelo que encontrarán eco en todos los escritores que también lo sean.—VICTORIANO LILLO.



"GENTE DE MI TIEMPO", de *Luis Durand*. Editorial Nascimento. 1953. Santiago de Chile

He aquí el último libro de Luis Durand: un volumen de 227 páginas que constituye su decimoséptima obra. ¿Estamos ante unas memorias literarias? No. Aunque tiene bastante de ello; más bien se trata de una crónica hecha de pequeños trozos y atisbos, ora cromáticos, ora históricos, ora psicológicos, que caen y desfilan en

forma interminable y vívida como por el tubo de un calidoscopio. Estos diminutos cuadros, sólo a veces, alcanzan la dimensión de las placas de una linterna mágica.

Pero este libro por la franqueza y humildad con que está escrito, también tiene, en no pequeña medida, un aspecto de confesión. En efecto, al referirse a su iniciación en la carrera de las letras hacia 1927, nos dice: "Yo llegaba atrasado por mi edad a esta batalla. Mis años de campesino que soñaba con expresar lo que veía a mi alrededor, sin pensar jamás en la publicidad y luego los que pasé en el correo, dedicado exclusivamente a despachar cartas, diarios y folletines de Nuestra Señora de Lourdes, me dejaban muy atrás".

Sin embargo, Durand calla muchas cosas. Ha censurado su crónica, rigurosamente, por dolor íntimo, por anchura de corazón y sentido paternal. En esta forma, ha enriquecido su relato, pues lo ha desplazado, irremediabilmente, hacia el humorismo, salvavidas espiritual que evita el rencor que paraliza.

Pero su recato no va tan lejos como para no decir la verdad, toda la verdad, para quien sepa verla, y para quien sepa cual es el aspecto peor de la vida chilena contemporánea. En efecto, al evocar las tertulias intelectuales de hace 30 años (muchas de las cuales se celebraban de pie en un cruce de calles, por prisa, espontaneidad o falta de dinero), sentimos su melancolía, su *saudade*: "Noches y comidas —nos manifiesta— agradables todas aquellas. Porque en realidad existía una fuerte camaradería"... "No se acogía con recelos lo que uno hacía ni tampoco se mantenía en forma tan cerrada la corteza del egoísmo, que hemos visto asomar en muchos compañeros"... (pág. 113). A Luis Durand la duele —y muy hondamente— la merma de la confraternidad y la amistad, de ese gran sentido castellano y latino que hizo decir a Jorge Manrique de su padre: "qué amigo de sus amigos". ¿Cabía, acaso, un elogio más grande para su ilustre progenitor difunto? Nosotros que hemos visto cenas literarias en que se ha injuriado al invitado, y a cronistas de vocación hacer la autopsia del amigo caído, sin

mayor afecto, ¿qué no podríamos añadir a las palabras de este ilustre escritor? Vano sería justificar estos vicios con el silencio o, simplemente, diciendo que Santiago de Chile, de aldea que era hace algunos años, hoy ha pasado a ser gran ciudad, pues ni lo uno ni lo otro es cierto.

La verdad es que el envenenamiento del alma chilena sigue y sigue en ascenso, desde hace 60 años. Se trata de una gangrena implacable, en cuyo eje principal están la soberbia y la envidia, y que tiene causas raciales, pedagógicas, políticas y económicas. ¿Qué decir, verbigracia, del crítico literario que retarda el comentario de un libro ocho meses y que, por fin, lo hace, para aplastarlo, a la semana siguiente que ha obtenido un premio de importancia, por unanimidad?

Por eso, Luis Durand nos hace el firme elogio del ex Presidente Alessandri y nos deja entrever un problema, en relación con la crisis progresiva de la ética del alma chilena, al hablarnos de un "arquetipo". Ya tendremos oportunidad, aprovechando observaciones incluso de este libro, para ahondar sobre este delicado asunto. He aquí sus palabras: "Otro de los grandes espíritus de este tiempo en que reina la veleidad era don Arturo Alessandri, acaso el más eminente de los chilenos de este siglo, y cuya figura extraordinaria ocupará sin duda alguna el sitio más alto por sus valiosas condiciones humanas y por su valentía moral". "Y es que don Arturo Alessandri era un arquetipo de nuestra nacionalidad. Valiente, apasionado, firme en la amistad, leal a toda prueba en sus compromisos..." Y, así, con una voz semejante a la de Jorge Manrique, prosigue Luis Durand haciéndonos el elogio de quien practicó en Chile un culto ejemplar por la amistad.

Ya dijimos que esta obra era un calidoscopio. Nosotros la hemos deformado, enfocando un ángulo amargo y social. Mas, permítasenos cerrar nuestro enfoque. En un cuadro un poco más grande —que bien podría ser placa de linterna mágica—, como también ya quedara expresado, Durand evoca al distinguido novelista Eduardo Barrios. Expresa: "A mí, Barrios me da la impresión de un hom-

bre muy *sapo*. O sea, en nuestro lenguaje chileno, uno de esos hombres que nunca dejan entrever, hasta el fondo, su pensamiento. Muchas veces le he oído decir cuando le consultan algo: —No tengo la menor idea. Primera noticia que oigo sobre este asunto—. Y es cuando sabe muy bien de lo que se trata. No le gusta comprometerse y cuida mucho su tranquilidad. Acaso tiene razón. Es un hombre de suerte”, etc. (pág. 148). Por nuestra parte, tentados de hacer interpretación, le sugeriríamos a Luis Durand que el buen amigo D. Eduardo Barrios conoce, muy profundamente, la gangrena progresiva del alma nacional, y que está mucho mejor armado que nosotros frente a ella, pues su mitad de ascendencia peruana, le da a su psicología un matiz asiático muy valioso: la ocultación contra la envidia, y la cortesía exquisita contra la soberbia.

Pero volvamos al calidoscopio. Por poco o mucho que se agite el tubo, siempre, siempre irrumpe, sorpresivamente, la figura de una especie de genio burlón o tutelar que lleva a Luis Durand por el mundo de la literatura o del humorismo; y ese personaje es la amable figura de Mariano Latorre.

También hace algunas apariciones don Enrique Molina. Es el personaje escaso para nuestros personales estudios sobre la ética chilena. Luis Durand sólo confirma nuestros temores: “Son pocos en este país —manifiesta— los hombres del temple de don Enrique Molina. La política ha enturbiado mucho la moral de los chilenos. Hombres que debieran ser un ejemplo de moral y de sinceridad a toda prueba, llegan a los extremos más inauditos, pensando únicamente en la conveniencia política, sin tomar para nada en cuenta esa superior condición del hombre que respeta la integridad de su moral por encima de cualquier otro interés” (pág. 128).

Finalmente, realzan las notas de buen humor que contiene esta obra, algunas caricaturas del fino crítico de arte Antonio R. Romera, y de todas ellas preferimos la de Gabriel Amunátegui, por su rara movilidad fantasmal y trashumante... —ANTONIO DE UNDURRAGA